co, vuela rápidamente por la region del ayre sin dejar vestigio, así pasáron los monteros; sin embargo cohra esfuerzo Valdemaro, pareciéndole que habria por allí cerca alguna poblacion ó casa de campo donde abrigarse, y resuelve atravesar el bosque.

Apénas Ilega á la otra parte, no sin bastante dificultad, descubre una bella y vasta llanura, cuyos límites eran una serie de montes inaccesibles. En medio de ella se levantaba un edificio de

magnifica arquitectura, y á su contorno se descubria una multitud de caserías bellamente situadas. Dirígese á una de ellas; pero á pocos pasos encuentra una muger, que le dice con ceño desapacible: y ¿ de donde os ha venido entrar en esta tierra con tanto atrevimiento? Desde una playa que se descubre á la otra parte de esos bosques, respondió Valdemaro, adonde me condujo mi fortuna varia, he venido á buscar socorro en la piedad de los que habitan esta deliciosa morada. Pues sabed, 6 estrangero, respondió la muger, que en este pais nadie puede fijar el pie sin el permiso de Felisinda, reyna y señora de todos sus habitantes. Yo os conduciré á su presencia, y ella determinará lo que se debe hacer de vos.

Con esto fué conducido s' un palacio de tan grandiosa y noble arquitectura, que al primer golpe de vista quedó estraordinariamente maravillado. Luego que entró en el patio, cerrado con cuatro magníficos corredores, se aumentó su admiracion al ver una fuente de bronce, bajo la figura de un leon en el acto de despedazar á un hombre ; pero tan lleno de propiedad, de espresion y de viveza, que infundia terror al que lo miraba. Una ayrosa escalera que se partia en dos ramos, daba subida á las salas y demas piezas de aquel portentoso palacio. A una de ellas fué llevado Valdemaro. Estaba toda primorosamente aforrada de china, y en sus paredes se veian á proporcion varios rasgos de pintura, que en nueve cuadros ofrecian las nueve musas, con el mas enérgico y espresivo colorido.

Presentábase Clio bajo la figura de una hermosísima doncella, cuyas sienes ceñia una corona de verde laurel. Tenia en su mano derecha una pluma, en la siniestra un libro cerrado, y á sus pies se veian hechos heroycos y gloriosos triunfos de varones ilustres. En otro cuadro estaba Euterpe con desemblante adusto y melancólico, sosteniéndose la ca-

beza con la mano izquierda, y reclinada la derecha sobre una urna sepulcral, en ademan de escribir algun funebre epitafio. Melpomene tenia marchitada su hermosura con las continuas lágrimas que vertia: ocupaba su mano izquierda una lámina de bronce, y en ella iba esculpiendo con un buril de acero algunos sucesos trágicos. Sobre un delicioso prado cubierto de hermosas flores, que parece acababan de romper sus tiernos cogollos, se dejaba ver Talía, grabando en el

100

tronco de un robusto árbol las delicias de la vida pastoril y campestre. Polimnia se mostraba bajo la figura de una hermosísima vírgen, sentada en el tronco de un verde laurel. Vesase tendida en el suelo aquella divina lira, con que preserva del olvido á los mas insignes poetas: tenia en sus manos un libro abierto, en el cual algunos poetas arrodillados por el plano del cuadro, fijaban atentamente los ojos, en ademan de aprender docu-. mentos morales. Gallarda-

mente reclinada sobre una nube de oro y azul, estaba Erato. Era su hermosura delicada, y mostraba en el rostro un amoroso desmayo, que aumentaba su belleza. Embarazábale la mano izquierda una dorada lira, y la derecha el plectro arrimado á las cuerdas, con tal espresion y propiedad, que el oido engañado se paraha atento para oir la armonía que la pintura queria espresar. Sobre su cabeza, hácia el lado derecho, revoloteaba el gracioso Cupide,

que con rostro apacible y lisonjero le inspiraba los mas afectuosos sentimientos. Terpsícore estaba tañendo una cítara, á cuyo compas baylaban muchas ninfas jóvenes vestidas de blanco, en un prado cubierto de amarantos y violetas. En un cuadro, donde parece que el arte habia apurado sus primores , se ofrecia Urania. Estaba pintada la noche serena y apacible, sin que por parte alguna se descubriese el mas ligero vapor que pudiera perturbarla : los árboles infundian un dulce horror con su silencio, y solo parece que se percihia el murmullo de los arroyos que se despeñaban de un montecillo. En el centro de esta soledad obscura, se divisaba Urania, profundamente divertida en la contemplacion del luminoso cielo, cuya hermosura brillaba en medio de la obscuridad. Estaba tan deliciosamente enagenada, examinando los acordes movimientos de las estrellas, que persuadia los ánimos de los que la miraban, á la contemplacion de los astros. Calíope acomodaba en un estante varios libros, donde estaban encritas las mas insignes victorias de los mas famosos héroes, para que transcendieran hasta la posteridad mas distante.

En esta grandiosa sala habitaba Felisinda, jóven y hermosa sobre todo encarecimiento. Estaba magetsuosamente recostada sobre una silla, cubierta de finísima grana con realces de oro, leyendo con atencion profunda en un libro que contenia los amores de Endimion y de Febe;

y en torno de ella, habia muchas jóvenes doncellas ocupadas en diferentes labores. Ya estaba Valdemaro largo rato en su presencia, y aun no habia levantado los ojos á mirarlo : tan intensamente estaba divertida en su lectura. Pero poco despues cerró el libro, dejólo sobre un hufete que tenia al lado, y le dijo; que buscais por estas tierras, estrangero infeliz? ¿ como con tanto atrevimiento habeis entrado en este pais oculto, sin solicitar ántes mi permiso? - 5**

Vos llevaréis el castigo merecido á vuestra osadía, si entre ella y mi rigor no intercede la compasion.

Bien la podeis tener, señora, le respondió Valdemaro, de quien no ha pensado haceros la mas leve ofensa. Yo verdaderamente soy un jóven infeliz: la cruel desgracia me persigue por todas partes, y en ninguna me deja fijar con seguridad la débil planta. Pues ¿ y por que causa, le preguntó Felisinda, andais vagando por ese mundo? ¿ cual es vuestra patria? Yo, señora,

respondió Valdemaro, soy dinamarques : mi nombre es Valdemaro: nací en la isla de Zelandia: muertos mis padres, me embarqué para la Suecia; pero como la desgracia se habia empeñado en destruirme, hizo que se estrellara el navío contra unas rocas. Escapé del naufragio, y desde entónces que voy vagando, sin poder encontrar medio para restituirme á mi patria. No estoy satisfecha de esta relacion, replicó Felisinda. Necesito que me conteis vuestra historia con mas individualidad; pero ántes quiero que recobreis vuestras
fuerzas, y descanseis de
vuestras fatigas. Condújole
una de aquellas doncellas
á otra pieza mas retirada,
y se cumplió lo que habia ordenado Felisinda.

Entretanto la diosa Vénus, obligada de la súplica que Pluton hizo á su padre Júpiter, despacha á su hijo Cupido, para que se insinúe en el corazon de Felisinda, y encienda en él la amorosa llama. Cupido baja al momento desde el cielo á eumplir con la comision

de su madre: introdúcese en el corazon de Felisinda, pondérale eficazmente la gallardía y hermosura de Valdemaro, y la persuade que para colmo de su felicidad, debe tomarlo por esposo. Siéntese Felisinda violentamente conmovida: el veneno que acaba de derramar sobre ella el engañoso niño, corre por sus venas, debilita sus miembros, desmáyale las fuerzas, y le abrasa el corazon. Ya suspira por la vista de Valdemaro, y sin detencion le hace volver á su presencia. Habíale dado la doncella unos vestidos de finísima lana bordados de oro, y con ellos parece que todas las gracias habian contribuido á realzar su hermosura y bizarra gentileza.

Esta bella muestra que nuevamente dió Valdemaro de sí á Felisinda avivó la amante llama que el rapaz Gupido habia encendido en su corazon; y despues de haber impuesto silencio á las damas que la rodeaban, le rogó que le hiciese el gusto de referirle largamente su

119

historia. Hizolo Valdemaro al instante, aunque disimulando siempre su ilustre nacimiento, y ca-Ilando aquellas circunstancias por las cuales se pudiera rastrear ; pero supo dar tanta gracia á sus palabras, y tanta fuerza á sus espresiones, que conforme los varios pasages que referia, se le iba conmoviendo el corazon á Felisinda. Ya se le ponia pálido el rostro, ya se le sonroseaba graciosamente; á las veces se le hinchaban los ojos, y tal vez derramaba algunas lágri-

mas de ternura. Ya veo, gracioso Valdemaro, le dijo luego que acabó de oir su historia, que la cruel fortuna se ha obstinado en perseguiros. 10. y si Felisinda pudiera atajar de un golpe la corrien-• te de vuestras desgracias! pero descansad, que nada me quedará por hacer de cuanto juzgue á propósito para vuestro sosiego y felicidad. Ya es hora de dormir; seguid á esa dama, que ella os conducirá adonde podais hacerlo sin susto alguno. Con esto fué llevado á otra sala,

poco ménos magnífica que la primera, donde encontró un lecho ricamente preparado.

No podia tener Felisinda un instante de quietud, ni sabia que medio elegirse para reconciliar el sueño. El blando. lecho le servia de tormento , la noche le parecia eterna, y en ninguna postura encontraba alivio. Su pecho era muy angosto para encerrar tantas ansias, y su corazon no podia sosegar. ¡ Que violencia es esta! decia entre sí misma. ¡ Que oculta TOM. II.

fuerza me agita el corazon de esta manera! ¡Tirano amor! ; habrá quien pueda evitar tus asechanzas? Yo me retiré á esta soledad, para pasar tranquilamente mis dias, para ser enteramente mia, para gozar una vida feliz entre las dulzuras del campo, para verme libre de tus insultos : mas ; cuan en vano!... ; Amor cruel! ;ay, y como rezelo que en mí se ha de reproducir la historia de Endimion, que leia poco hace! Semejante á este bello desamorado, he despreciado siempre las afectuosas ternezas de cuantos mostraban amarme allá entre el bullicio de las ciudades; pero ; ay de míl que si le fuí semejante en desdeñar amores, tambien le seré igual en rendirme á la belleza de este estrangero, como él se rindió á la hermosura de Febe! ¡Ó estrangero venido por mi mal á este retiro!

Aquí calló; pero no por eso pudo encontrar sosiego. Las gracias de Valdemaro, que revolvia en su imaginacion, la ator-

mentaban cuando dispierta, y si tal vez podia dormir algun breve rato, no la angustiaban ménos los melancólicos sueños. Así estuvo hasta que amaneció; y levantándose impaciente, se fué á dispertar á sus damas. Prevínoles el modo con que habian de tratar á Valdemaro, y ella mas bien que todas, como enamorada, no sabia que hacerse para contentarlo: cada dia observaba mas atentamente sus movimientos, y una mirada no mas le bastaba para adivinar sus

deseos, y satisfacerlos, aun ántes que los declarase. Íbale paseando por todas las piezas de palacio, para hacerle ostentacion de sus preciosidades; y en sus conversaciones (disimulando el terrible desfallecimiento de su corazon) dejaba caer sin violencia una dulce caricia y alguna tierna espresion de afecto. Ultimamente lo condujo al jardin, para que se admirase de su bella y artificiosa disposicion.

Partíase en cuatro cuadros, y en cada uno de ellos campeaban varias fi-

guras, formadas de verdes arrayanes y clorosas flores. En el uno se veia un bosque, por entre cuyas espesuras trepaba la ninfa Dafne, huyendo del ligero cazador Apolo que la seguia. En el otro estaba ya la ninfa medio transformada en laurel, casi cubierto todo el cuerpo con las cortezas, y convirtiéndose en hojas los cabellos ; y el mismo Apolo, que locamente enamorado adoraba y besaba el tronco. En el tercer cuadro estaba su hijo Orfeo en ademan de tañer

127

su lira de oro, y muchas fieras que lamiéndole los pies, y halagándole el rostro, espresaban la suavidad y dulzura de la música, que las amansaba y atraia. En el último se veian Pluton y Proserpina, dioses del abismo, que templado su furor, y suavizado su ceño á las dulces violencias de la lira de Orfeo, le entregaban á su muger Eurídice que tenian en su imperio.

En el término donde se cruzaban las calles que dividian los cuadros, se levantaba una fuente de

mármol á manera de hidra, cuyas cabezas servian de caños, por donde se derramaba el agua. El distrito que ocupaban los cuadros, estaba circuido de diserentes géneros de árboles, cuyas ramas doblegándose con el peso de la abundancia, casi besaban el suelo. Dábanle la entrada diferentes hermosos arcos, labrados de yedra, jazmines y rosales; y en el arco del medio, que era el mas grandioso, estaban Zéfiro y Flora, como presidentes de tan delicioso jardin. Zéfiro tenia

cenida la cabeza con una guirnalda de flores, y Flora su esposa, ademas de una corona de lo mismo que le adornaba su frente, tenia sembrado el vestido de rosas, jazmines y otras flores, no ménos bellas que olorosas.

Os maravillaréis, le dijo, gallardo Valdemaro, de ver que por todo palacio respira el gusto de la poesía. En este recinto hermoso donde tengo mis estados, observaréis trasladado el Parnaso, que procuramos cultivar mis damas y yo. La rusticidad

y aspereza de estos montes, que á primer vista parecen inaccesibles, no han podido impedir que las aguas de Helicona corriesen hermosas y transparentes hasta esta vega. Este escesivo gusto que siempre he tenido en la poesía, me hizo abandonar el estrépito de las ciudades, para retirarme á este secreto ángulo de tierra, donde he procurado conservar tranquilamente mi vida con mis damas y con mis amados vasallos, bien léjos de los hombres que siempre he

131

mirado con indiferencia; pero vos... pero vos...

Aquí dió fin sus palabras , y Valdemaro, adivinando adonde se dirigian, le respondió con sagacidad : yo, señora, tambien soy muy aficionado á la poesía, á ese bello ramo de literatura que tanto interesa y encanta á las gentes de gusto; mas como tanto tiempo hace que ando entre cárceles y destierros, no me he cuidado de sus delicias. ¡Cuantas gracias teneis pues que dar á la fortuna, le replicó Feli-

sinda, que os ha conducido á este pais! Aquí podeis gozar libremente de cuanto fuere de vuestro agrado: mis damas y mis vasallos no tendrán otra ocupacion, que saber vuestros deseos para satisfacerlos: las musas que os fuéron amigas un tiempo, vendrán á reconciliarse con vos; y libre de los sustos y desvelos que hasta ahora os han molestado, podréis gozar con sosegada paz de las delicias que os ofrecen estos parages.

Si los deseos de encontrar á mi hermana y de restituirme á mi patria, dijo Valdemaro, no me lo impidieran, elegiria gustoso esta habitacion alegre para mi perpetua morada; pero no puedo preferir el placer de una vida pacífica y deliciosa á la obligacion de socorrer á mi hermana. Si me amais, señora, os suplico que me faciliteis los medios para partir, y dejar satisfechos estos deseos que tanto me interesan. Os amo mucho, le replicó Felisinda; y por lo mismo no me será fácil condescender á vuestra súplica. ¡Como! ¿ vos partiros?..

Las amantes lágrimas que corriéron improvisamente de sus ojos, le ahogáron las palabras en la boca. Retírase al momento, dejando á Valdemaro estraordinariamente admirado; y encerrada todo el dia en el mas oculto retrete, iba alimentando con sus lágrimas la amante herida que el rapaz Cupido habia abierto en su corazon: solamente permitió que la visitase Filena, la mas confidente de sus damas.

Entró á verla, y encontrándola sumergida en amargo llanto, le dice: Que es esto , señora! ¿ que angustia os atormenta? ¿ que os affige? ¡ Ay Filena! le respondió Felisinda; deja que el dolor me consuma; deja...; Ó! si este dia fuera el último... Filena, si quieres recompensar el amor que me debes, anda, ve, busca á ese estrangero que ha venido á perturbarme, y dile que marche presto de este pais... pero no, detente... jay de mi! Pues que, señora, ese estrangero ¿que agravio os ha hecho? le preguntó Filena: ¿que culpa ha cometido contra vos?